

Abraham Rodriguez, JR

Abraham Rodriguez, JR (B. 1961) nació en la ciudad de Nueva York y creció en el sur del Bronx. Comenzó a escribir a los diez años y dejó la secundaria a los dieciséis. Después de completar su equivalencia de la secundaria (GED), atendió la Universidad de la Ciudad de Nueva York (City College of New York). Su primera colección de cuentos, *El Niño Sin Una Bandera: Cuentos del Sur del Bronx* fue publicado en 1992 y nombrado como Libro Notable por el periódico El New York Times en 1993. Su primera novela *Spidertown*, recibió un American Book Award en 1995. El cuento siguiente *El Muchacho Sin Una Bandera* apareció en la colección de cuentos de Rodriguez en 1992 y dio a esa colección su nombre memorable.

El Niño Sin Una Bandera

- A la Srta. Linda Falcón, dondequiera que ella esté¹

Los remolinos de polvo bailaban en las vigas de la luz del sol que venía a través de las ventanas altas, el zumbido de las voces resonaban en el auditorio congestionado. El Sr. Ríos se acercó a nuestra Srta. Colon, como si esperara retenerla si se caía. Sus características pálidas de ratón se veían solemnemente obedientes. Era un hombre versátil, doblando como profesor de inglés y de gimnasia. Estaba solamente allí debido a las piernas de Srta. Colon. Ella usaba sus medias rosadas de neón. Nuestras favoritas.

Lanzábamos miradas sospechosas a los dos. La Srta. Colón le daba una sonrisa astuta a Edwin y, decía, “Hey, cara hacia delante” pero el Sr. Ríos nos miraba fijamente enojado. Pienso que él sabía que sabíamos lo que buscaba. Sabíamos, porque el viernes, durante nuestro período libre cuando escuchábamos records y comíamos palillos de pretzel, la veíamos en la parte posterior por las ventanas altas, sentándose encima de un radiador como una muchacha de escuela. Habría un rubor extraño en sus altas mejillas, y el Sr. Ríos, sentado a su lado, jugaba con su mano. Su cara, fina y como niña, se sonrojaba. Desde entonces, sus

ojos, muy cercanos como un dibujo animado de un castor, nos evitarían.

La Srta. Colón era poco discreta sobre sus asuntos. Edwin primero me alertó sobre su vida amorosa después de uno de sus paseos a la hora del almuerzo por los corredores vacíos. Él perseguiría a muchachas y sacudiría servilletas mojadas del cuarto de baño en las salas de clases en donde los niños en las clases inferiores estaban sentados, atrapados. Él reclama haber visto a la Srta. Colon entrar al armario del administrador con el Sr. Ríos y haber oído toda manera de sonidos a través de la puerta de madera gruesa, que fue asegurada (él la intentó). Él le había dicho a la mitad de la clase antes de que el día terminara, los muchachos se reían de manera contenida detrás de manos mugrientas, las muchachas asombradas porque la Srta. Colón estaba casada, tan casada que incluso trajo al pobre desafortunado una mañana como un tipo de invitado de demostración. Él era un puertorriqueño de piel morena desordenado en un dashiki² colorido. Llevaba una bolsa de papel que olía a pegamento. Sus ojos parecían soñolientos, su Afro un cojín despeinado de Brillo. Él habló de manifestaciones, de los años 60, la importancia de una educación. Entonces avergonzó a Srta. Colón desapareciendo en el armario de abrigos y durmiéndose ahí. Las muchachas, recordándolo, ablandaron su actitud hacia sus indiscreciones, defendiéndola violentamente. “Reconozcan”, una de ellas exclamó cuando Edwin comenzó una nueva serie de cuentos de la Srta. Colón, “se casó con un vagabundo y necesita encontrar un amor verdadero”.

“Ella es una mujerzuela, y voy a dibujar un libreto cómico acerca de ella” Edwin dijo, callándose cuando ella entró por la puerta. Esa tarde, él me demostró los primeros dibujos de lo que se convirtió más adelante en una comedia muy popular titulada *Mujerzuela al Frente de la Clase*. Edwin podía dibujar realmente bien, pero sus descripciones eran terribles, así que me ofrecí para hacer la escritura. En algún tiempo, teníamos tres ediciones del circular debajo de los escritorios y ocultas en cuadernos por todas partes en la escuela. Edwin secretamente hizo cientos de copias en la copiadora de la oficina principal después de la escuela. Siempre me sorprendía, cuando copias de nuestro cómic aparecían en los lugares menos esperados. Los vi en los radiadores del auditorio, en los bancos del gimnasio, calvadas con tachuelas en los tabloncillos de anuncios. Había incluso en el salón de los profesores, lo cual vi un día mientras que hacía una diligencia para la Srta. Colon, viéndolos, sin embargo, en las manos de la Srta. Martí, la cara de cerdo de la Asistente Directora me dieron ganas de vomitar mi almuerzo. Por suerte nuestro nombre no estaba escrito en ellos.

² El dashiki es una vestimenta de colores usada en el Oeste de África.

¹ Traducido por Martha Cedeño-Barnes. Reimpreso con el permiso de Serve Rhode Island.

Fue un milagro que nadie nos traicionara durante la investigación que surgió, puesto que solamente un tonto no podría ver nuestra implicación. No hubo purgación sangrienta, pero hubo bastante miedo en nosotros para matar nuestro deseo de continuar nuestra empresa de publicación. La Srta. Martí, mujer con una cara del campo de batalla y olor constante a Chiclets, hizo una amenaza poderosa para encontrar a los culpables mientras que mostraba la segunda edición, la cual tenía la cubierta pintada a mano. Nadie se movió. El auditorio se silenció. Meditamos sobre el sonido de un pequeño avión que volaba, sus motores sacudían las ventanas. Pienso que deseábamos estar en el.

Fue en el auditorio que primero comenzó el problema. Todos estábamos en nuestros asientos, inquietos como pequeños animales de madriguera, cuando hubo una llamada general de silencio. La Srta. Martí, encima de la tarima, tenía una mirada fija que podría hacer cualquier tonto sudar. Ella era una mujer ruda, repugnante que nunca sonreía sin parecer sádica. El Sr. Ríos estaba en su puesto al lado de la Srta. Colón, sus manos sujetadas detrás de su espalda como si necesitara refrenarlas. Parecía susurrarle a ella. Cosas suaves, sentimentales. Edwin los miraría de su asiento al lado de mí, dándome los detalles, su cara engrasada se veía preocupada. Él siempre parecía sudoroso, su dedos húmedos.

“Te dije, los vi agarrados de mano” el dijo. “Y ahora míralos, le está susurrando tonterías dulces en el oído”

Se calló cuando notó el ojo malvado de la Srta. Martí recorriendo sobre nosotros como un reflector de la prisión. Hubo silencio. En su mejor rugido militar, la Srta. Martí nos pidió ponernos de pie. Dos niños solitarios, patéticos, amenazados por una fuerza no vista, vinieron lentamente por el pasillo del centro, llevando una bandera enorme en un poste de madero grueso. Todo lo que podía ver era ése gran cubierto de estrellas, desplegándose, crispándose, parecía caerse al acercarse a esas cabezas jóvenes aburridas. La bandera puertorriqueña se desplazaba a su lado, pareciendo más pequeña y menos confidente. Se aferraba a su poste.

“El Juramento”, la Srta. Martí rugió, poniendo su mano sobre el lugar donde se rumoraba que su corazón estaba.

Fue entonces cuando oí mi padre hablar.

Él estaba sentado en su cama, gritando sobre Chile, sobre lo que había hecho la CIA allí. Estaba sentado frente a él en mi tenis ProKeds manchados. Sabía de la política. Tenía once años cuando leí el libro de William Shirer sobre Hitler. Estaba preparado.

“Todo lo que hace este país es abusar de naciones hispanas”, mi padre dijo, volteando una página de su periódico *Post*, “los atan, los hacen dependientes. Dice democracia con una mano mientras que protege y alimenta las dictaduras fascistas con la otra”. Sus ojos ardían con un fuego extraño. Me senté en la cama, encima de parte de su *Post*, absorbido por su maestría oratoria.

Él había mencionado cosas políticas antes, pero no así, no con tal convicción ardiente. Pensaba que tuvo que ver con mi lectura de Shirer. Tal vez él me había visto leyendo ese libro denso y supuso que estaba listo para la política verdadera.

Usando el conocimiento que conseguí del libro, defendí a los americanos. ¿De qué fascismo él hablaba de todos modos? Sabía que habíamos parado a Hitler. Eso era una gran cosa, algo de orgullo.

“Sal del mundo de hadas”, él dijo con desprecio. “Sabe lo que es el imperialismo?”

No realmente, No.

¿“Bien, por qué no lees sobre ése? ¿Por qué no lees sobre Juan Bosch y Allende, hombres que murieron luchando contra el imperialismo? Se oponían al gran comercio americano. Debe leer sobre eso en vez de esta mierda sobre Hitler.”

“Pero me gusta leer sobre Hitler”, dije, sintiéndome un poco repudiado. Incluso no mencioné que mi fascinación con Adolfo me llevó a escribir una biografía de él, un ensayo de ciento cincuenta páginas. Recibí un A+. La Srta. Colón lo sujetó con grapas al tablón de anuncios fuera de la sala de clase, en donde fue robada inmediatamente.

“Qué te hace querer ser escritor?” La Srta. Colon me preguntó calladamente un día, cuando Edwin y yo, siempre los provechosos, nos ofrecimos de voluntarios en arreglar la sala de clase para una fiesta de *Halloween*.

“No sé. Pienso que mi padre”, contesté, jugueteando con las calabazas plásticas tímidamente mientras que las imágenes de mi padre comenzaron a desfilar en mi mente.

Cuando pienso en mis imágenes más tempranas de mi padre, en una de ellas detrás de una enorme máquina de escribir alquilada, sus dedos cliqueando. Era poeta, anunciador de radio, e incluso actor de escenario frustrado. Envié para las compañías de diplomas de noche. Tomó clases de actuación, entró en la difusión de radio, incluso terminó en la primera planta de lo que es ahora radio en español, pero su familia lo disuadió. “Debes encontrar un trabajo de verdad, algo de substancia” dijeron, y así lo hizo. Él dejó todos esos sueños que nunca fueron apoyados por alguien y consiguió un trabajo en un restaurante *Nedick* en la Tercera Avenida. Mi padre, el ayudante de comedor.

A pesar de eso, siguió escribiendo. El recitaba sus poesías en una gigantesca cinta de carrete que tenía, después repetía y se sentaba como un crítico, con la frente arrugada, sus dedos frotaban ligeramente sus labios. Grababa sonidos extraños y me los ponía de nuevo a grandes velocidades, hasta que creyera que había gente minúscula que vivía dentro de la máquina. Me paraba junto a él y lo observaba mecanografiar, su copete negro, derramándose sobre su frente. Había una energía que pulsaba todo alrededor de él, y quería una parte de ella.

Tenía cinco años cuando primero me senté en su silla en la mesa de la cocina y comencé a empujar hacia abajo las teclas, mirando como las letras aparecían mágicamente en la página. Estaba encantado. Mi fascinación con la máquina de escribir comenzó en ese momento. Cuando tenía diez años, escribía historias de guerra, cuentos de dolor y patetismo entresacado de entre las pilas de libros cómicos que devoraba. Escribía novelas difíciles de leer. Con ilustraciones. No impresionaron a mi padre. Pienso que él era duro de impresionar. Mis grados fabulosos no lo intrigaban, ni el hecho de que leía libros tan gruesos como los cajones de leche. Mis novelas ilegibles se acumularon. Se las traía de noche para ver si las leería, pero después de una semana de esperar, las encontré tiradas en el armario del dormitorio, sin haber sido leídas. Me sentía herido y rechazado, a pesar de las palabras bondadosas de mi madre. “Solo está demasiado ocupado para leerlas,” me dijo una noche en que se la mencioné. Nunca las mencionaba, incluso cuando calladamente las saqué del armario o cuando él me veía furiosamente, él martillando en una de sus máquinas alquiladas. Le decía que quería ser escritor, y él sonreía tristemente y acariciaba mi cabeza, sin una palabra.

“Tienes que encontrar algo más serio de hacer con tu vida,” me dijo una noche, después de que le demostré mi primera obra de teatro, de ochenta páginas. ¿Qué había leído que me motivó a escribir una obra? ¿Fue Arthur Miller? ¿Óscar Wilde? No recuerdo, pero recuerdo mi determinación de escribir una obra verdaderamente maravillosa sobre combate porque parecía que no había ningunas escritas.

“Esto es bueno como un pasatiempo,” mi padre dijo, “pero no debes ponerte serio sobre esto.” Su comportamiento hablaba de volúmenes, pero no podía parar de escribir. Novelas, las llamaba, comenzando una nueva cada tres días. El mundo era una página en blanco que esperaba mis palabras para reconstruirla, mientras que el mundo real seguía siendo frío y solo. Mis compañeros de clase no lo entendían, y debido a los libros gruesos que llevaba, me tenían cierto miedo. ¿Después de todo, qué niño en sus cabales leería un libro si no fue asignado? Estaba cansado de niños que se me acercaban y que decían, “Dios, mira ese libro tan gordo. ¿Tu maestro te hace leer eso? (No, solo lo estoy leyendo.) Los niños me miraban como si acababa de arrastrarme de una alcantarilla. “Estás loco, hombre.” Mi padre parecía compartir esa opinión. Solamente mis maestros entendían y apoyaban mi lectura, pero mi padre parecía querer algo más de mí.

Ahora, me trataba como idiota porque no sabía lo que era el imperialismo. Reprochaba mis libros y una noche me dio una copia de un libro sobre Albizu Campos, el revolucionario puertorriqueño. Lo leí en dos sentadas.

“Algunas partes parecen de verdad” dije.

“¿Algunas partes?” mi padre me preguntó incrédulamente. “Después de

lo que le hicieron, te vas a sentar ahí y actuar como un yanqui moviendo su bandera?”

Miré a esa bandera yanqui moverse hacia la tarima por encima de cabezas indiferentes, la cara ceñosa de mi padre me perseguía, sus palabras retumbaban en mi cabeza.

“Déjame decirte algo,” mi padre dijo con desprecio. ¿“En la escuela, todo lo que hacen es hablar de George Washington, cierto? ¿El primer presidente? ¿El padre de la democracia? Bien, él tenía esclavos. Nosotros teníamos nuestro propio Washington, y el nuestro tenía dientes de verdad.”

Mientras que la gloriosa bandera alcanzó la tarima, una confusión general se inició.

“Tuvimos nuestra propia revolución,” mi padre dijo, “y los Estados Unidos la machacó con el remeneo de su dedo meñique.”

La Srta. Martí raspó sus instrucciones. Todos se levantaron para saludar la bandera. Excepto por mí. No me levanté. Me senté en mi asiento rechinante, con las manos en las rodillas. Una niña detrás de mí me golpeó ligeramente en la espalda. “Ven, estúpido, levántate.” Había un rastro de preocupación en su voz. No me moví.

La Srta. Colón apareció. Se inclinó sobre mí, sacudiéndome suavemente. ¿“Estás enfermo? ¿Estás bien?” Su suave pelo caía sobre mi cuello como una manta.

“No,” contesté.

“¿Que pasa?” preguntó, su rostro se volvió severo. Me comenzaba a sentir claustrofóbico, con tantos parados alrededor de mí, sus cuerpos como paredes. Mi amigo Edwin, con la mano en su corazón, miraba por la esquina de sus ojos. Parecía envidioso, como si deseaba que le hubiera ocurrido a él. Voces murmurantes a mí alrededor comenzaron a recitar el Juramento mientras que apareció el Sr. Ríos, agarrándome fuertemente por el hombro y sacándome de mi asiento al pasillo. La Srta. Colón estaba a su lado, viéndose un poco aprensiva.

“¿Que te pasa?” pregunto enfadado. ¿“Sabes que estás supuesto a levantarte para el juramento! ¿Eres religioso?”

“No” dije.

“¿Entonces qué?”

“No voy a saludar a esa bandera” dije

“¿Qué?”

“Dije, que no voy a saludar a esa bandera”

“¿Porqué...?” Se calmó; una mirada de preocupación pasó sobre el rostro de la Srta. Colón. “¿Por qué no?”

“Porque soy puertorriqueño. No soy ningún americano. Y no soy un yanqui moviendo mi bandera”

“Estas supuesto a saludar la bandera” dijo enfadado, empujando uno de sus dedos gordos en mi cara. “No estás supuesto hacer lo que quieras. Estas supuesto hacer lo que te digan”

“Pensé que era libre” dije, mirándolo a él y a la Srta. Colón.

“Lo eres” dijo débilmente la Srta. Colón. “Por eso debes saludar la bandera”

“¿Pero no debo hacer lo que no siento, es lo correcto?”

“Debes hacer lo que te dicen!” el Sr. Ríos gritó en mi cara. “No estoy jugando ningún juego contigo, muchacho. ¿Oyes esa música? Ese es el himno. Ahora párate allá y pon tu mano sobre tu corazón.” Fue a tomar mi mano, pero me separe.

“No!” dije fuertemente. ¡“No estoy saludando esa bandera sin valor! Y usted no puede hacerlo, tampoco. No hay nada que usted puede hacer sobre eso”

“Oh sí?” Sr. Ríos rugió. “Eso lo veremos!”

“Te has vuelto loco?” la Srta. Colón preguntó mientras él me llevaba del brazo, por el pasillo, en donde todavía podía oír las notas del himno. Me condujo a la oficina del director y me fijó en una esquina.

“Estarás ahí el resto del día y veremos cómo te sientes” dijo perversamente. “Ni pienses en moverte de ese lugar!”

Estaba ahí cerca de dos horas. El principal venía y se iba, sin decir hola o cualquier cosa, como si encontrar a niños en las esquinas de su oficina fuera una ocurrencia común. Podía oírlo hablar por teléfono, garabateando notas, hablando con su secretaria. En un momento oí al Sr. Ríos afuera en la oficina principal.

“Un sabelotodo. Lo puse en una esquina. Piensa que puede hacer tonterías. El niño no tiene ningún tipo de respeto, hombre. Deberías tener la oportunidad de enseñárselo.”

“Los niños de hoy no tienen respeto, hombre.” Oí la voz reptil de la Srta. Martí expresar mientras se acercaba, sus talones cliqueando como tiros. “Tiene que ser forzado sobre ellos”

Ella estaba en la oficina, no dijo una palabra al director, que estaba en el teléfono. Caminé directamente hacia mí. Podía oír el golpeo de mi corazón en los oídos mientras su sombra cayó sobre mí. Godzilla sobre Tokio.

“Bien, has aprendido la lección?” ella preguntó, volteándome de la pared con un dedo en mi hombro. La miré fijamente sin contestar. Mi cara se quemaba, ardiente. La odiaba.

“¿Piensas que eres bastante importante, verdad? , Déjame decirte que no lo eres, no eres nada. No vales nada. Eres un niño mocososo con muchas ideas estúpidas.” Sus ojos me traspasaban como agujeros, tostando mi piel. Sentía como si fuera a llorar. Luché con el impulso. Las lágrimas rodaron por mi cara de todos modos. La hizo sonreír, sus labios partidos se torcieron como boca de

lagarto.

“¿Ves? Eres un pequeño bebé. No sabes nada, pero debes aprender tu lugar” señaló con su dedo en mi cara. “Haz lo que te dicen si no quieres tener problemas grandes. Ahora vuelve a tu clase”

Sus ojos continuaban apuñalándome. Miré detrás de ella y vi a Edwin esperándome por la puerta de la oficina. Me adelanté a ella, limpiándome la cara. Podía todavía sentir sus ojos en mí, hasta cuando tomamos las escaleras a la sala de clase. Era cerca de las tres, y por las ventanas los cielos se veían nublados.

“Hombre.” dijo Edwin mientras alcanzamos nuestro piso, “Pienso que estás loco.”

La sala de clase estaba vibrando con actividad cuando llegue. Los niños hablaban, buscando sus abrigos en el armario, golpeando sus sillas contra sus escritorios, llenados de la euforia de poder irse pronto a sus hogares. Caminé reservado a mi escritorio y saqué mis libros. Los otros niños me miraban como si fuera un fantasma.

Hice todo como si fuese un robot. Cuando llegamos a la puerta de abajo, la Srta. Colón, despidiendo la clase, me tomó a un lado, su cara compasiva y gentil. Exprimió mi mano.

“Estas bien?”

Asentí con la cabeza.

“Fue un truco realmente loco. Donde conseguiste tal idea?”

Miré fijamente sus zapatos negros. Ella usaba medias panty bronceadas y una falda mini negra. Vi al Sr. Ríos acercarse con su clase.

“Tengo que irme,” dije, y me fui, corriendo hacia las brisas frías y el sol plateado.

En mi casa, me acosté en el piso de nuestra sala de estar, golpeando ligeramente mi cuaderno abierto con la punta de mi pluma mientras que los Beatles sonaban en el estéreo de mi padre. Me sentía humillado y solo. La cara de reptil de la Srta. Martí se aparecía en mi cuaderno, su voz entonando, “Déjame decirte que no eres nada.” Sí, claro. ¿De qué agujero horrible se arrastró? ¿Era esa gente realmente puertorriqueña? ¿Por qué debe un puertorriqueño saludar una bandera americana?

Le hice la pregunta a mi padre, entrando a su dormitorio, un rifle minúsculo M-1 que pertenecía a mi soldado GI Joe atado con correa a mi pulgar.

“¿Porqué?” preguntó, acomodando los lentes de lectura encaramados en su nariz, su periódico abierto en la cama frente a él, de su cigarrillo fluía humo azul. “Porque nos poseen, como ganado. Y porque nadie tiene suficiente orgullo de su cultura para luchar por ella.”

Reflexioné sobre sus palabras, sintiéndome animado, pero no me atreví a decírselo. Quise creer que lo que había hecho era una cosa valiente y noble, pero temía su reacción. Nunca lo podía impresionar con mis grados, o mi

escritura. Esta cosa de la bandera lo trastornaría probablemente. El pensaría quizás también que estaba loco, que era un irrespetuoso, un sabelotodo que no conocía su lugar. Temí eso, temía que mi padre me dijera, con voz del reptil, “Déjame decirte que no eres nada.”

Vestí a mi soldado GI Joe para el combate, colocándole su casco, atando con correas su paquete de campo. Fijé la bayoneta a su rifle, poniéndolo en sus manos de tal modo que parecía listo para disparar. “Un hombre tiene que hacer lo que un hombre tiene que hacer.” ¿Fue John Wayne que lo dijo? No sé quién fue, pero hice lo que tuve que hacer, aún sin decirle a mi padre. La semana siguiente, en el auditorio, lo hice otra vez. Esta vez, todos lo notaron. El lugar entero cayó en un silencio extraño mientras que el Sr. Ríos me gritaba.

Terminé en mi esquina otra vez, esta vez conseguí una mirada fija prolongada, pensativa del principal antes de que me hicieran mirar fijamente la pared por dos horas más. Mi mente se enfocó más allá de mí alrededor. En una visión extraña, vi a mi compañero Edwin subir por las piernas voluptuosas de la Srta. Colón, dándome cada detalle de lo que veía.

“Porqué?” me preguntó la Srta. Colón frenéticamente. “Esta vez no te vas hasta que me digas porqué.” Me agarraba del brazo, los niños pasaban cerca, felices sombras que juntaban con la luz del sol afuera de la puerta.

“Porque soy puertorriqueño, no americano,” dije bruscamente. “Que tiene sentido, no crees?”

“También lo soy,” ella dijo, “pero estamos en América!” Sonrió. “No crees que podrías hacer una cierta clase de compromiso?” Inclino su cabeza a un lado y dijo, “Ven,” en un susurro de niña pequeña.

¿“Qué de defender tus creencias? ¿Es que eso no importa? Usted nos hablaba de las protestas de la universidad de Kent³. ¿Usted dijo que esos jóvenes murieron porque creyeron en la libertad, verdad? Bien, me siento como ellos. Quiero tomar postura.”

Ella suspiró con evidente irritación. Acarició mi pelo. Por un momento, pensé que iba a besarme. Iba a decir algo, pero apenas vi sus labios bonitos dividirse, se acercó el Sr. Ríos.

“No quiero verlo,” dije, separándome de ella.

“No, espera,” ella dijo suavemente.

“Me va pegar,” le dije.

“No, no lo vas hacer,” la Srta. Colon dijo, como si lo desafiara con sus

ojos, lo tomaron adentro mientras él se paraba a su lado.

“No, no lo voy hacer,” él dijo. “Escúchame. La Srta. Colón me hablaba de ti, y estoy de acuerdo con ella.” Parecía un niño pequeño nervioso delante de la clase, haciendo una presentación. “Tienes mucho valor. No obstante, hay reglas aquí. Estoy dispuesto a hacer un compromiso contigo. Ve a tu casa y piensa en esto. Mañana te vendré a ver.” Lo miraba dudoso, y él agregó, “para hablar.”

“No voy a cambiar de parecer,” dije. La Srta. Colon exhaló dolorosamente.

“Si no lo haces, está fuera de mis manos.” Él frunció el ceño y la miró. Ella sacudió su cabeza, como si estuviese enfadada con él.

Leí de nuevo el libro acerca de Albizu. No dormí en toda la noche. No le dije a mi padre una palabra, aunque casi estallé del esfuerzo. En la noche, solo en mi cama, imágenes me atacaban. Vi a la Srta. Martí y al Sr. Ríos debatiendo a Albizu Campos. Lo vi en una silla de ruedas con una bandera cubierta sobre su cuerpo como un traje santo. No me harían eso a mí. Estaban destinados a romperme de la misma manera que Albizu, no por los jóvenes sonrientes de las tropas americanas que llevaban las barras de chocolate, pero por la intriga, hipocresía, e interés de los terratenientes puertorriqueños y los de su tipo, que se atrevían a decir que eran el futuro. Hablaron de dignidad y de democracia mientras que enseñaban a puertorriqueños cómo aferrarse a la capa de ese poderoso vecino norteamericano. Puerto Rico, la estrella brillante, el gran perro de regazo del Caribe. Vi a mi padre, el héroe nacionalista, gritando en su podio, su gran oración revolvía cada uno alrededor de él a actos de valor. Había una arrogancia brillante en sus ojos mientras miraba fijamente sobre el mar de caras que articulaban su nombre, una audacia chispeante que invitaba e incitaba. No parecía haber miedo en él, sólo el impulso de atacar, con su brazal y túnica revolucionaria. Lo miraba, estupefacto. Estaba parado al lado del podio, con su ayudante personal, mientras que su voz sonó a través del estadio. “No somos, ni seremos nunca, yanquis agitadores de banderas!” El rugido que surgió ahogó el mundo entero.

El día siguiente, me senté en mi asiento, ignorando a la Srta. Colón mientras que ella cuidadosamente dibujaba triángulos en el tablero con la ayuda de las plantillas plásticas. Utilizaba la tiza coloreada, su favorito. Edwin, sentándose al lado de mí, pegándole a muchachas con las bolitas de papel mascado que disparaba con su lapicero Bic ahuecado. No gritaron. Simplemente enlistaron la ayuda de una muchacha llamada Gloria, que estaba sentada algunos escritorios detrás de él. Ella lo clavó muy hábilmente con una bolita de goma de mascar. Permaneció en su pelo hasta que Edwin finalmente fue corriendo a la Srta. Colón. Ella utilizó sus tijeras enormes de maestra. No podía soportarlos. Todos parecían atrapados en un mundo de cosas triviales, mientras que yo nadaba

³ Universidad en Ohio. El 4 de mayo de 1970 la Guardia Nacional del Ejército disparó contra estudiantes durante una protesta de la guerra, matando a cuatro e hiriendo a nueve. El caso provocó un cierre inmediato de la escuela, así como muchas otras universidades de todo el país. La principal causa de las protestas fue la de Estados Unidos la invasión de Camboya durante la guerra de Vietnam.

en un cenagal de opresión. Pasé el almuerzo en un trance, como un preso en el corredor de la muerte que espera los pasos pesados de sus verdugos. Miré a Edwin comer su helado de cafetería, intercalado entre dos hojas de papel. Era una vez como él, riendo y bromeando, haciendo fila para un juego de pelotas en la yarda sin un cuidado. Ahora todo se me había perdido, como si mi juventud había sido quemada de mí por un libro.

Poco después de almuerzo, el Sr. Ríos apareció. Habló con la Srta. Colón por un tiempo en la puerta mientras que el salón fue llenándose de murmullos que burbujeaban. Entonces me indicó, caminé con el silencio repentino como en cámara lenta.

“Bien,” me dijo mientras estaba parado en el pasillo fresco, “has pensado en esto?”

“Sí,” dije, de nuevo viendo a mi padre en el podio, su voz que tronaba.

“Y?” “No voy a saludar esa bandera.”

Srta. Colón se reclinó contra la puerta como si estuviera agotada. Exasperación pasó sobre rostro de roedor del Sr. Ríos.

“Pensaba que dijiste que lo ibas a pensar,” él entonó.

“Lo hice. Decidí que tenía la razón.”

“Que tenías la razón?” Sr. Ríos perdía su paciencia. Me estacioné tranquilamente contra la pared.

“Te dije,” la Srta. Colón le murmuró.

“Escucha.,” dijo, ignorándola, “has oído hablar del hombre que no tenía patria?”

“No,” contesté bruscamente; sus ojos de ratón casi se cruzaron de cólera por mi insolencia. “Algún cuento de hadas estúpido no me va hacer cambiar de mente de todos modos. Me está tratando como si fuera estúpido, y no lo soy.”

“¡Deja de actuar como si fueras algún adulto maduro! No lo eres. Eres un niño insignificante.” “Bien, este niño insignificante no va a saludar esa bandera.”

“Tu naciste aquí,” la Srta. Colón interpuso pacientemente, intentando calmarnos a ambos. “¿No piensas que le debes a este país un poco de respeto? Por lo menos?”

“No tenía ninguna opción sobre donde nací. Y nací pobre.”

“¿Que importa? El Sr. Ríos gritó. “Hay un montón de gente pobre que respeta la bandera. ¡Mira a tu alrededor, maldición! ¿Tú ves gente rica aquí? “No soy rico tampoco!” Me tiró del brazo. “Este país cuida de Puerto Rico, que no ves eso? No sabes nada sobre la política?”

“Y usted sabe lo que es el imperialismo?”

Los dos se miraron

“No te puedo creer,” el Sr. Ríos murmuró.

“Puerto Rico es una colonia,” dije, una citación directa de Albizu. “Por qué tengo que respetar eso?”

La Srta. Colón me miró con sus ojos negros como platillos, un rastro leve de una sonrisa en su rostro. Me animó. Me sentía fuerte de repente, consciente de mi territorio y de mi conocimiento de él. No me sentía más como un muchacho, pero una clase de soldado, mi bayoneta manchada con la sangre de mi enemigo. No había duda sobre eso. El Sr. Ríos era el enemigo, yo le ganaba. Cuanto más él intentó tratarme como un niño, cuanto más desafiante llegué a ser, sus discusiones bajaban como armadura torcida. El cerró sus ojos y presionó el puente de su nariz.

“Estas fuera de mis manos,” dijo.

La Srta. Colón me dio una mirada comprensiva antes de desaparecer al salón de clase otra vez. El Sr. Ríos me llevó abajo sin otra palabra. Su cara estaba totalmente roja. Esperaba ser puesto en mi esquina otra vez, pero esta vez el Sr. Ríos me sentó en la silla de cuero frente al escritorio del principal. El caminó afuera, y podía oír el familiar clack-clack que podía pertenecer solamente a las piernas del reptil de la Srta. Martí. Hablaban en susurros. Esperé que ella entrara en cualquier momento, pero el Principal entro en su lugar. El entró reservado, sosteniendo una carpeta en su mano. Sus suaves ojos y barba marrón lo hacían ver compasivo, sus mejillas redondeadas lo hacía parecer amistoso. Su placa del escritorio indicó solemnemente: El Sr. Sepúlveda, principal. Cayó en su asiento con poca ceremonia, abrió la carpeta, y cruzó sus manos sobre ella.

“Bien, bien, bien,” dijo suavemente, con una mueca de labios apretados. “Has creado una gran conmoción, jovencito.” Me sonaba como un diálogo de película.

“En primer lugar, déjame decirte que sé sobre ti. Tengo tu expediente aquí, y todo en él es muy impresionante. Buenos grados, buena actitud, tus maestros todos te han adorado. ¿Pero me pregunto si esto no se te ha ido quizá a la cabeza? Porque todo va bien para ti aquí, y lo estas desperdiciando todo.”

El se inclinó detrás en su silla, “Tenemos reglas, todos nosotros. Hay reglas incluso que yo debo seguir. Las personas que no las obedecen son disciplinadas. Todo esto irá en tu expediente, y bastante bueno que lo has tenido hasta ahora. ¿Por qué arruinarlo? Esto te seguirá para toda la vida. ¿No quieres terminar perdiendo una buena oportunidad de trabajo en el gobierno o en las fuerzas armadas porque mientras fuiste un niño, complaciste tu imaginación y rechazaste saludar la bandera? Sé que no puedes ver lo infantil que todo es ahora, pero debes verlo, porque eres más inteligente que la mayoría, lo pondré en términos que puedas entender.”

“A mí parecer, éste es un caso simple de reglas y de regulaciones. Algún día, cuando estés más viejo,” se detuvo brevemente, obviamente divertido por el sonido de su propia voz, “puedes ir a las reuniones y a las manifestaciones y

expresar tus tendencias rebeldes. Pero ahora, eres un menor, bajo la jurisdicción de su escuela. Eso significa que tienes que seguir las reglas, sin importar lo que piensas en ellas. Puedes unirme a los Young Lords⁴ más adelante.”

Lo miré fijamente, intimidado por su escritorio enorme, sus manierismos y estatus pomposo. Me pondría de acuerdo con todo, lo que sentía, y después, la siguiente semana lo rechazaría de nuevo. Entonces lucharía contra él, aunque él no había intentado humillarme o insultar mi inteligencia. Continuaría luchando, hasta que yo...

“Hablé con tu padre,” dijo.

Me asusté. “Mi papá?” Borrosas imágenes y esperanzas resaltaron por mi mente brevemente.

“Sí. Hablé con él detalladamente. Él está de acuerdo conmigo que te has ido de mano.”

Mi sangre cambió de dirección en mis venas. Sentía que iba a desplomarme. Agarré los apoyabrazos de mi silla. ¡No había manera de que esto podría ser verdad, de ninguna manera en lo absoluto! Mi padre estaba supuesto a entrar como la caballería, no abandonarme al enemigo! Presioné mis ojos mojados con mis dedos. Debe ser una mentira.

“El se culpa por tu comportamiento,” el principal dijo. “El está aquí,” El Sr. Ríos dijo desde la puerta, indicando a mi padre pasar adentro. Viéndolo con su capa de foso curtida negra casi me asfixió. Sus ojos, rojos de la preocupación, me causaron dolor. Él vino a mí primero mientras que el principal se levantó levemente, como si saludara a un jefe de estado. Había una mirada de aprensión en la cara de mi padre mientras me miraba. Parecía completamente perdido.

“Sr. Sepúlveda,” dijo, “nunca pensé que una cosa como ésta podría suceder. Mi esposa y yo intentamos criarlo correctamente. Lo apoyamos a leer y a escribir y todo. Pero usted sabe, esto es una sorpresa.”

“No es tan terrible, Sr. Rodriguez. Usted ha hecho muy bien con él, es un muchacho inteligente. Solo necesita aprender la importancia de la obediencia.”

“Sí,” mi padre dijo, volteándose a mí, “Sí, tienes que obedecer las reglas. No puedes hacer esto. Es incorrecto,” me miraba severamente, como si completaba un problema de matemáticas. Una de sus manos acarició mi cabeza.

Ahora había más palabras, en español, pero no lo oí. Sentía como si me caía en un hoyo. Mi padre, mi creador, renunciando su creación, arrepentido. No

⁴ Los Young Lords, más tarde La Organización de Young Lords se formó en Nueva York (en particular, Spanish Harlem). El Partido Young Lords, es un grupo nacionalista de Puerto Rico en varias ciudades de los Estados Unidos, en particular la ciudad de Nueva York y Chicago.

una onza de él parecía preparada para defenderme, cubrirme del ataque. Mis lágrimas hicieron derretirse todos los rostros a mí alrededor

“Como puedes ver,” dijo el director mientras me levantaba, mi padre me aferró a él, “si haces esto otra vez, lastimarás a tu padre y también a ti mismo.”

Me odié. Limpié mi cara desesperadamente, intentando no hacer un espectáculo. Era apenas un niño, un niño pequeño. ¿Quién diablos pensé que era? Tendría que esperar hasta que fuera más viejo, como mi padre, para tener “convicciones.”

“No quiero verte aquí otra vez, está bien?” el principal dijo austero. Asentí mudamente, el brazo de mi padre alrededor de mí mientras que me escoltó a través de la oficina central a la puerta que llevaba al pasillo, en donde una multiplicidad de voces de niños repiqueteaba arriba y abajo a lo largo como campanas tocantes.

“Estas loco?” mi padre me -susurró a medias en español mientras nos paramos allí. ¿“Sabes lo vergonzoso que es todo esto? No pensé que eras tan estúpido. ¿No sabes nada sobre la dignidad, sobre el respeto? ¿Cómo pudiste hacer un espectáculo así? Ahora nos haces a todos vernos como estúpidos.”

El se calló mientras que el Sr. Ríos vino a llevarme de nuevo a clase. Mi padre me dio un apretón y dijo que me vería en casa. Entonces, caminé con un melancólico Sr. Ríos, que extrañamente envolvió un brazo alrededor de mí hasta que llegamos la sala de clase.

“Aquí estas,” dijo suavemente mientras entraba al salón de clase, y todo se silenció. Entré y caminé a mi asiento sin mirar a nadie. Mis mejillas aún estaban húmedas, mis ojos rojos. Parecía que me habían torturado. Edwin me miró, después presionó mi mano debajo del escritorio.

“Pensé que estabas muerto,” susurró.

La Srta. Colón me daba vistazos preocupados por el resto de la clase. No prestaba atención. Saqué mi cuaderno, pero mi fuerza se iba. Bajé mi cabeza en el escritorio y cerré mis ojos, volviendo a vivir la traición de mi padre. ¿Si lo que hice era tan malo, por qué me sentía más avergonzado de él que de mí? Sus palabras, una vez tan preciosas y vibrantes, ahora caían al piso, como hojas de un árbol muerto.

Al final de la clase, la Srta. Colon me ordenó permanecer después de escuela. Ella consiguió que el Sr. Ríos tomara la clase junto con la suya, y ella permaneció conmigo en el salón obscurecido. Ella cerró la puerta al ruido exuberante del pasillo y se sentó en el escritorio de Edwin, al lado de mí, sus zapatos de tacón negro en su asiento.

“Estas bien?” ella me preguntó suavemente, tomando mi brazo. Le dije todo especialmente sobre la traición de mi padre. Pensé que él sería la caballería, pero él era solo un cobarde.

“Tss. No seas tan duro con tu padre,” ella dijo. “El solo trata de hacer lo

mejor para ti.”

“Y cómo es esto lo mejor para mí?” pedí, mi voz que crecía ronca de dolor.

“Sé que es duro de entender, pero él intentaba realmente cuidar de ti.”

Miré la pizarra.

“El no me entiende,” dije, limpiando mis ojos.

“Te olvidarás,” ella susurró.

“No, no lo haré. Lo recordaré cada vez que vea esa bandera. La veré y pensaré, `Mi padre no me entiende.’”

La Srta. Colón suspiró profundamente. Sus dedos eran calientes en mi cabeza, frotando ligeramente mi pelo. Ella me dio un beso en la mejilla. Caminó hacia abajo conmigo, deteniéndose brevemente en el umbral de la puerta.

Muchos niños gritando, riendo nos pasaban rápidamente.

“Si es algún consuelo, estoy de tu lado,” dijo, exprimiendo mi brazo. Le sonreí, su calor se extendía sobre mí. “Ve a la casa y escucha a los Beatles,” ella agregó con una sonrisa.

Caminé hacia fuera bajo el sol, bajé las escaleras de piedras blancas, y me paré en la acera. Miré a la escuela elevada, blanca y perfecta con el sol, indomable. Al cruzar la calle, una fila sórdida de viviendas desiguales hechas andrajos en donde vivía. Pensé en mi padre. Las palabras de ella me hicieron sentir lástima por él, pero sentía más lastima por mí. No podía entender en ese entonces sobre el amor de un padre y qué un padre puede dar para asegurar el tránsito seguro de su hijo. Él había navegado aguas traidoras y ahora no podía tenerme meciendo el barco. Todavía tenía que aprender que él había hecho las paces con el enemigo, que el enemigo estaba ya en nosotros. Como la bandera que debo saludar, éramos inseparables, pero su compromiso me hizo avergonzado y derrotado. Entonces sabía que tenía que encontrar mi propia paz, lejos de la esclavitud de la obediencia. Tenía que aceptar esa bandera, y mi padre, alguien quien amaría por siempre, aun si ocasionalmente en mi mente joven, y débil él parecía un poco imperfecto.